

Cáliz tardogótico

El cáliz y la patena son los vasos sagrados primordiales desde los orígenes del cristianismo, destinados a albergar el vino y el pan, que serán transformados en la sangre y el cuerpo de Jesucristo durante la celebración eucarística como imitación del milagro de la Última Cena. De este modo, es razón más que suficiente para que los cálices hayan sido elaborados desde sus inicios con una esmerada técnica, tratando de diseñarlos conforme a los estilos artísticos más pioneros y plasmando en ellos la ornamentación más vanguardista.

El cáliz que tratamos está confeccionado en plata en su color, con el interior de la copa sobredorado, y presenta las siguientes medidas: altura, 20,5 cm; diámetro de la base, 14 cm; diámetro de la copa, 8,5 cm. Fue adquirido para el museo de la Comisión de Monumentos entre 1895-1898.

Carece de marcas e inscripciones, por lo que no podemos certificar su autoría y procedencia. A pesar de ello, sí puede aventurarse su cronología, pues responde a una tipología de cáliz tardogótico muy empleada en los talleres peninsulares de la primera mitad del siglo XVI.

El cáliz gótico se caracteriza por las amplias basas, generalmente con diseños estrellados, lobulados o mixtilíneos, lo que conlleva en muchos casos una percepción desproporcionada de la obra. Esta será la razón por la cual, en el tránsito hacia el Renacimiento, las basas se van tornando circulares (como sucede en este caso) y se reduce el diámetro, en aras a lograr vasos más equilibrados. Por lo demás, podemos generalizar a grandes rasgos que los cálices góticos responden a dos modelos perfectamente diferenciados: aquellos más suntuosos, y por lo general más refinados, que intercalan nudos muy abultados, en los que se emulan arquitecturas goticistas (sirva como ejemplo el cáliz del monasterio de San Paio de Abeleda, Castro Caldelas, actualmente integrado en el tesoro de la catedral de Ourense). Un segundo prototipo es el que sirve para proyectar piezas de carácter más modesto, para uso diario, con menor peso y, en consecuencia, más económicas. Aquí, la mayor diferencia radica en el diseño de la manzana (nudo), que sustituye las formulaciones arquitectónicas por estructuras más discretas, con formas poliédricas, esféricas...

Este cáliz del Museo Arqueológico se adscribe a la última modalidad anteriormente citada, y el taller encargado de su factura ya comenzaba a asimilar las formulaciones renacentistas, hecho que queda patente al idear la basa con forma circular, persiguiendo así mayor esbeltez y proporción. No obstante, también es cierto que se trata aún de una base muy amplia, particularidad gótica que tardará en superarse. Dicha basa circular cuenta con una pequeña pestaña plana y borde ligeramente cóncavo y liso. A continuación, un fino cordón perlado bordea la parte central de la base, que se decora con seis lóbulos; tres carecen de ornamentación y solamente presentan una sucesión de arcos alrededor, con cuatro diminutos círculos en el arranque de cada uno de ellos. La parte central de los lóbulos queda totalmente lisa, desconociendo si es algo intencionado o si quedaron sin terminar. Los otros tres son diferentes entre sí: uno de ellos con decoración vegetal sobre fondo punteado y mate; el segundo contiene en la parte inferior el anagrama de Cristo, del cual brota un motivo floral desde la "h"; y finalmente, el tercero acoge la representación de varios instrumentos de la

Pasión: cruz, clavos, flagelo... Las enjutas de los lóbulos se rellenan con flores recortadas. Estas basas circulares con lóbulos decorativos y perfectamente marcados son deudoras de los pies lobulados ojivales, y dieron paso a una tipología de vaso que se conoce como cáliz de “pie acucharado”.

Una pequeña arandela dentada separa la base del astil, poligonal y liso. El nudo está formado por dos casquetes semiesféricos con gallones abultados, lisos y brillantes en los extremos, y con acabado mate en el centro, conseguido mediante pequeñas líneas onduladas. Al igual que en la base, las enjutas de los gallones también se decoran con elementos vegetales. Los cuerpos hemisféricos se separan por una fina moldura con un friso central ornamentado con una sucesión de rombos de puntas truncadas. La copa es lisa y acampanada, con el borde abierto, sin presentar subcopa.

Diversas razones han hecho que en Ourense sean contados los vasos de tradición ojival de los que se tiene constancia. Su antigüedad y uso frecuente provocaron el deterioro de la mayor parte de los ejemplares, que se vieron abocados a la fundición y renovación, aprovechando la ocasión para crear piezas más acordes con el estilo de la época de su nueva creación. Durante el Renacimiento, muchas de estas piezas, aun estando en buen uso, fueron actualizadas y transformadas en otras más equilibradas, al ser consideradas desproporcionadas, especialmente por la gran amplitud de sus basas y nudos.

En los últimos años, hemos estudiado un par de cálices de estilo gótico, además de este, que servirán para que en el futuro pueda realizarse una investigación más integral del panorama de la orfebrería ojival ourensana. En primer lugar, el conocido como cáliz de Marcelo Macías, que también forma parte de los fondos del Museo Arqueológico Provincial de Ourense, después de que fuera donado en 2018 por uno de los herederos del sacerdote D. Luis Martínez-Risco Daviña, y que ese mismo año figuró en la exposición “Marcelo Macías. 175 aniversario”, con la correspondiente ficha en su catálogo.

De mayor interés para este caso resulta el cáliz de Santo Ildefonso de San Cibrao das Viñas, analizado en el número 27 (2024) de la revista *Auriensia*, pues las similitudes que guarda con la pieza objeto de estudio son ingentes. La estructura es prácticamente idéntica, salvo que en el vaso de San Cibrao, el astil comienza con un pequeño cuerpo prismático con un friso de rejilla ciega, que el del museo no posee. La segunda diferencia radica en que la copa de San Cibrao va montada sobre cardinas, y la otra no las tiene. El nudo es idéntico, y la basa presenta ligeras variaciones decorativas: así, el vaso del museo tiene liso el borde cóncavo de la base, mientras que el de Viñas se adorna con una sucesión de arcos con tres pequeños círculos en sus arranques. No obstante, esta misma solución es adoptada por nuestro cáliz para bordear el perímetro externo de tres de los lóbulos de la basa. Otra diferencia radica en que los tres lóbulos sin decoración de la pieza del museo, en el otro caso presentan motivos vegetales. En todo caso, son variaciones mínimas, pero lo que sí es innegable es que en el cáliz de San Cibrao se aprecia una mayor calidad técnica, especialmente en la ornamentación, que resulta mucho más depurada.

El esquema de este cáliz se asemeja a una formulación artística común de muchos otros centros productores de España, y eso hace que guarde semejanzas muy estrechas con piezas de otras platerías. Resulta especialmente significativo el parecido del vaso del museo con otro que se conserva en la iglesia de Santa María de Saviñao (Lugo), estudiado por Manuela Sáez en su obra de 2003 *La platería en Tierra de Lemos*, pues ambas piezas resultan prácticamente idénticas.